

MADRID LITERARIO.

SEMANARIO ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID, un mes.....	Un real.
PROVINCIAS, trimestre adelantado.....	5
EXTRANJERO Y ULTRAMAR, semestre.....	40

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle de Lavapiés, número 11.

SUSCRICION Y VENTA.

Un número, DOS CUARTOS.—Números atrasados, UN REAL.
Se suscribe en la Administración.
Anuncios, a precios convencionales.

COLABORADORES.

Aguilera.....	D. Alberto	Castelar.....	D. Emilio	Gutierrez Abascal...	D. José	Navarro y Calvo...	D. Luis	Retes.....	D. Francisco Luis de
Avila y Alarcon...	José	Curros.....	Manuel	Hartzenbusch.....	Juan Eugenio	Núñez de Arce....	Gaspar	Ramos Carrion....	Miguel
Aguirre.....	Joaquín	Canalejas.....	Francisco de Paula	Malats.....	Adolfo	Pascual.....	Agustín	Sanchez Perez....	Antonio
Alarcon.....	Pedro A. de	Campo-Arana.....	José	Mellado.....	Andrés	Perez Echevarria...	Francisco	Sanchez Ramon....	Antonio
B. Quintian.....	Eduardo	Carrillo de Albornoz.	Leopoldo	Martinez de Velasco.	Eusebio	Pacheco.....	Francisco de Asís	Soriano de Castro...	José
Balart.....	Federico	Campoamor.....	Ramon	Morayta.....	Miguel	Peña y Goni.....	Antonio	Sepulveda.....	Ricardo
Balaguer.....	Victor	Escosura.....	Patricio de la	Moran.....	Valentin	R. de Chaves.....	Angel	Tejeda.....	Ezequiel
Coello.....	Carlos	Figueras de la Costa..	Santiago	Neira.....	Angel	Ruigomez.....	Andrés	Villaverde.....	Enrique
Córtés.....	Baron de	García Ladevese....	Ernesto	Navarrete.....	Ramon	Ramsault.....	El Conde Carlos de	Valera.....	Juan

SUMARIO.

El grabado.—D. Manuel Breton de los Herreros.—Poesía dedicada al mismo, por D. Enrique Pérez Escribá.—Don Alonso Onceno, notas para escribir una defensa, por D. Carlos Cambrón.—Mi esperanza, por doña María del Pilar Sinués.—La danza macabra y el baile de San Juan, por D. Santiago Figueras de la Costa.—Bibliografía, por D. José Miralles y González.—Revista dramática, por D. Junipero.—Párrafos sueltos, por Pp.

EL GRABADO.

Venecia, ciudad marítima de Italia, apellidada la perla del Adriático, se encuentra situada a 41 leguas E. de Milan, y tiene unos 130.000 habitantes.

El aspecto encantador que presenta esta población, y que tanto impresiona al viajero, consiste indudablemente en los hermosos canales que por todas partes la rodean; pues edificadas sobre 100 pequeñas islas, en medio de las lagunas, parece salir de las tranquilas aguas, que reflejan en su tersa superficie artísticos edificios y grandiosos monumentos. Más de 9.000 góndolas recorren diariamente los numerosos canales que quedan entre las islas, y 144 puentes facilitan el paso de unos puntos a otros de la ciudad.

En ella se encuentran la magnífica plaza de San Marcos, San Estéban y San Pablo; el anti-

guo palacio ducal, rico tesoro de cuadros y esculturas; el célebre y poético Puente de los Suspiros y el de Rialto; la excelente biblioteca de San Marcos y otros varios edificios notables. Durante los siglos XVI y XVII brilló mucho en las artes, y sobre todo en la pintura con la escuela que lleva su nombre, tan rica en colorido y que hizo inmortales a Giovanni Bellini, Ticiano, Tintoretto y Pablo de Veronés. Célebre también por la fabricación de lunas para espejos y en otras artes e industrias, y por su comercio, ha conservado gran importancia en todas las épocas, aunque perdiendo bastante de su antiguo esplendor y poderío. Su renombrado Carnaval atraía numerosos extranjeros de toda Europa, que iban a gozar de las fantásticas fiestas y placeres que les ofrecía la ciudad, que no ha tenido rival para convertir los más quiméricos ensueños en realidades.

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

No han pasado todavía bastantes años, desde aquél en que llorábamos la pérdida de Breton de los Herreros, para que su sombra se agigante con la distancia, ni su esplendente gloria sea de esas que sólo nacen al pie de la tumba, como flor que crece lozana al lado de una sepultura y recoge de la muerte la savia que la da vida.

Y, sin embargo, el nombre de Breton ya se ha esculpido con letras de oro en el templo de la inmortalidad, como el génio más fecundo y original de nuestro teatro moderno, y no ha necesitado, como la mayor parte de los escritores y poetas, para que se le haga justicia, que la lluvia haya borrado su nombre de la losa que le cobija ó que el musgo oculte el lugar donde descansan sus cenizas.

A pocos les está reservada tal merced; pocos consiguen acallar, ni aun con el frío de la muerte, las críticas sangrientas de sus contemporáneos, que más cuidado pusieron en entresacar una pequeña falta, que en admirar una gran belleza.

Diffícilmente nos acostumbramos a la idea de que un hombre ha de pasar a la inmortalidad, cuando le vemos entre nosotros, sonreír con nuestras mismas sonrisas, y vive como el más vulgar de los seres. Los géneos son como la dicha; muchas veces buscamos muy lejos lo que está muy cerca de nosotros.

Poco necesitamos decir del autor de *Marcela*, para consagrar a su memoria en el aniversario de su muerte, un tributo de admiración y entusiasmo; porque su recuerdo se conserva aun muy vivo en todo corazón apasionado del arte y de la belleza, y todavía se escuchan los aplausos con que el público recibía sus ingeniosas y chispeantes comedias, a la par que aun vierten lágrimas los que gozaron de su delicado y afable trato.

Nació Breton en Quel, pequeño pueblo de la provincia de Logroño, el 19 de Diciembre de 1796. Vino muy joven a Madrid, para comenzar sus primeros estudios bajo la dirección de los padres escolapios de San Antonio Abad; pero arrebatado como toda la juventud noble y generosa de su tiempo, por el amor patrio, no deseaba otra cosa que poder empuñar las armas, para espulsar a los franceses y devolver el honor a nuestras banderas. Después de la batalla de Arapiles, consiguió alistarse voluntariamente como soldado distinguido en un regimiento de infantería, y todavía alcanzó la gloria de batirse en las últimas y victoriosas batallas que se dieron en Valencia y Cataluña al arrojar de España a los franceses.

En el período de paz que siguió a aquellos sucesos, se empezó a dar a conocer por sus ideas liberales, su talento y su pundonor, y después de abandonar la carrera militar en 1822, ocupó varios empleos, hasta que perseguido como realista el año 1823, vino a Madrid buscando un refugio en el seno de su familia en 1824.

Perdidas sus esperanzas, sin recursos de ningún género y deseando no ser gravoso a su angustiada familia, se propuso buscar en otra carrera mejor fortuna, y oponer a la desgracia y la fatalidad, todos los recursos que prestan un gran talento y un asiduo trabajo.

En la noche del 14 de Octubre de 1824, se presentó por primera vez, siendo muy aplaudida, su primera producción dramática titulada: *A la*

vejez viruelas, comedia que tenía escrita desde algunos años antes y que a saber si hubiera salido a luz de entre sus olvidados papeles, a continuar sonriéndole la fortuna.

Alentado por el éxito, continuó escribiendo para el teatro con asombrosa fecundidad, al mismo tiempo que cultivaba también otros géneros de composiciones, alcanzando gran popularidad algunas de sus letrillas y sátiras, escritas en admirables tercetos.

Si bien es verdad que no todas sus obras tienen igual mérito, es innegable que pocas han dejado de ser aplaudidas, y que ninguna carece de magnífica versificación, chispeante diálogo y delicados chistes. En sus comedias no necesita poner en juego grandes pasiones para conmover; no acude a la austeridad del que corrige, para que resulte un fin moral, y no tiene que llegar nunca a lo grosero para mantener en constante risa al espectador. ¡Mucho pueden aprender de Breton los que se dediquen hoy a cultivar la decadente y perversa comedia!

Además de las obras que refundió del teatro antiguo, y de varias tragedias que tradujo con notable acierto, ha legado muchísimas comedias originales, entre las que figuran las tan celebradas: *A la vejez viruelas*, *A Madrid me vuelvo*, *Marcela*, *Una de tantas*, *Muérete y verás*, *Me voy de Madrid*, *El qué dirán* y *el qué se me da a mí*. No ganamos para sustos, *Una vieja*, *El pelo de la dehesa*, *El cuarto de hora*, *Mi secretario y yo*, *La escuela de las casadas* y *Errar la vocación*.

Entre las mayores muestras del respeto y consideración que gozaba en los últimos años de su vida, se encuentra la distinción que le concedió la Real Academia Española, acordando considerarle presente en todas sus sesiones, cuando no le permitie-



Canal de Venecia.

ra asistir á ellas su quebrantada salud: honor que tambien se ha otorgado recientemente al insignificante escritor D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

En 1870, por iniciativa y á espensas de don Salustiano de Olózaga, se colocó con gran solemnidad una lápida conmemorativa en la casa donde nació el profundo y popular escritor dramático.

El miércoles 8, tercer aniversario de su fallecimiento, el teatro de la Comedia quiso rendir un homenaje de admiración á Breton de los Herberos, poniendo en escena su preciosa comedia *Una vieja*, y leyéndose varias composiciones dedicadas al inolvidable poeta.

Una de las más inspiradas poesías que se recitaron en esta solemne fiesta, y que debemos á la galantería de D. Emilio Mármol, son las quintillas que tenemos el gusto de insertar á continuación, escritas para este objeto por el reputado y fecundo novelista D. Enrique Pérez Escribá.

Dicen que Breton murió;
yo digo á ustedes que no,
pues si Breton no existiera,
ni el público le aplaudiera
ni hiciera sus obras yó.

Que goce el cuerpo la calma
del sepulcro, es natural;
mas el genio, que es el alma,
ese, cual robusta palma,
vive en la escena inmortal.

No admito, pues, la querella
de si se horró su huella
algunos años atrás;
el autor de *¿Quién es ella?*
ese, no muere jamás.

Por eso al oír murió,
repito á ustedes que nó,
pues si Breton no existiera,
ni el público le aplaudiera
ni hiciera sus obras yó.

DON ALONSO ONCENO.

Notas para escribir una defensa.

No cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

(CERVANTES.)

Cuando todos huyen ante la invasión sarracena, cuando nadie osa poner una valla al imperio del musulmán, Pelayo solo se alza en los montes de Covadonga, para combatirle lleno de fe y con una espada, y el Fuero Jurgio funda los cimientos de la monarquía española.

Su trono es el pico más alto de las montañas de Asturias; su corona un casco de hierro; su palacio el campo de batalla, y su misión pelear.

Pelayo fué un hombre necesario en aquella época.

Iniciada por él la reconquista, hizo comprender á los godos que las huestes agarenas no eran invencibles, les dio aliento, les infundió valor, y les hizo cantar el himno de las victorias que de mucho tiempo tenían todos olvidado.

Pero á medida que varían los tiempos varían las necesidades, y el valor y la energía y el entusiasmo de Pelayo no hubieran satisfecho, siglos después, las nuevas necesidades de la humanidad, que pedían otro valor, otra energía y otro entusiasmo diferente.

Jovellanos, por ejemplo, vino á marcar la marcha que la política debía llevar y á fundar los cimientos de la civilización castellana.

Pelayo alentaba á los suyos con su espada y su corazón: Jovellanos con su pluma y su inteligencia.

Los hechos de Pelayo se señalan por las batallas que dió: los de Jovellanos por las obras que dejó escritas.

Pelayo dominó las más altas montañas, bajó á los valles, corrió las llanuras, vadeó los ríos con el estandarte de León siempre triunfante: Jovellanos en legislación, en arte, en literatura, en administración, en política, sobrepasó á sus contemporáneos, dejando por todos lados rastros y señales de su talento.

Pelayo no abandonaba un solo instante su espada, ese pedazo de hierro que uno de nosotros necesita tomarlo con ambas manos para levantarlo del suelo: Jovellanos no abandonaba su pluma y llevaba, cuando más, para las fiestas colgado al cinto un espadín que le servía de estorbo.

De todo esto se desprende, como consecuencia natural, que cada hombre parece que tiene su misión en este mundo previamente deslindada.

No digo que así es, sino que así parece.

Cada edad necesita un hombre diferente.

Don Alonso el oncenno cumplió con esta ley, y

fué, como Pelayo, como Jovellanos, una necesidad para nuestra patria.

Empero no es bien que le juzguemos desde aquí comparando su vida con otros que vivieron después: preciso será compararle con los que vivieron antes y juzgarle sin acordarnos de las conquistas de la civilización moderna.

La batalla del Salado, la conquista de Algeciras y el Ordenamiento de Alcalá, disculpan los errores que pudo cometer, hombre al fin, y le hacen brillar entre los suyos como un relámpago bajo un cielo cubierto de nubes.

Heredó el trono de Castilla Don Alonso en fatales y azarosas circunstancias.

Sus tutores, cuatro eran, despreciando el interés de la patria, se hacían unos á otros cruda guerra para quedarse con la tutoría única.

Los nobles auxiliaban al tutor favorecido por la suerte, abandonándole cuando era derrotado. Cada merindad, cada concejo, cada vecino levantaba pendón por quien más le prometía.

Unas Cortes reunidas en Palencia dieron solamente por resultado el soborno de los Procuradores y algunas estocadas producidas por el calor de la discusión.

En vista de ello, el clero de Castilla, que había dejado ya de ser el antiguo y santo clero de los Concilios de Toledo, se juntó en uno, convocado por un Legado que el Papa envió á España para poner término y coto á tanto desman.

Peró ¡ah! que el Concilio se cerró sin haberse podido poner de acuerdo, ni más ni menos que los Procuradores de las ciudades reunidos anteriormente. Y dícese que si no anduvieron á estocadas no fué por cobardía ni porque no les sobrase ánimo para ello, sino por respeto á los hábitos.

Escuchad lo que hicieron aquellos reverendos padres.

Mientras Castilla perecía de hambre, mientras padres con hijos y hermanos con hermanos se batían encarnizadamente en calles y plazas, hombre á hombre y cuerpo á cuerpo algunas veces, las más con traición y alevosía, mientras muchas familias abandonaban nuestro suelo y se establecían en Aragón y Portugal buscando la garantía de sus vidas y haciendas; estos Obispos, reunidos en Valladolid, se entretuvieron en discutir y promulgar como institución perentoria, la imprescindible necesidad que existe para excomulgar al que coma ó venda carne en tiempo de Cuaresma, y á este tenor multitud de disposiciones que si no sirvieron para calmar los desórdenes de que Castilla era teatro tampoco aprovecharon para cosa que valiese la pena.

Tiempo era aquel en que los ricos-hombres y los caballeros armados en cuadrilla arremetían contra éste ó el otro acaudalado vecino, tomándole lo que en más aprecio tuviera ó posesionándose de su hacienda sin más derecho que la fuerza y sin más ley que este derecho: tiempo era aquel en que todo hombre honrado que estuviera bien con su vida no se alejaba en día claro un cuarto de legua de la ciudad, si no era guardado por buena porción de amigos ó escuderos: y tiempo era, en fin, aquel, en que se tenía por común y corriente hallarse los hombres muertos por los caminos, pues nadie se cuidaba de la justicia ni esta se hacía con derecho, según la expresión vulgar que corría de boca en boca, y que todos repetían de continuo, desde el Notario mayor del Reino hasta el último alguacilillo de Corte.

En estas circunstancias fué declarado mayor de edad Don Alonso, y con un rey de quince primaveras figuró como andarian las cosas por Castilla el año de mil trescientos veinticinco.

Don Alonso, de carácter enérgico y violento, no tuvo que gobernar de otra suerte, sino es haciendo ejemplares castigos y horribles escarmientos desde un principio, para adquirir el predominio de la fuerza, que era la única manera de abatir el orgullo de la nobleza, el poder dominante de la teocracia y la veleidad del estado llano.

Puede culpársele de que usó algo de crueldad con los delincuentes: se dirá que los castigos tuvieron muchos puntos de contacto con la venganza: es cierto.

Pero convengamos en que allí no podía existir un rey paternal con el carácter de Fernando VI ó Carlos III; allí se necesitaba un hombre de hierro á quien no intimidasen las amenazas de los revoltosos, ni vendiesen las palabras de los aduladores: allí se necesitaba que el monarca se hallase revestido de un valor personal sin límites, para que marchase el primero en el combate, que administrase justicia por sí propio y se diese de estocadas con su enemigo si se le desparaba á mano la ventura.

Don Alonso vivió desde pequeño en un hermoso palacio y entre el fausto de la corte: sus criados eran ricos-hombres y magnates: en el tor-

neo y en la Iglesia tenía su sitio señalado: la justicia se ejercía en su nombre: el guerrero le nombraba su capitán: el sacerdote proclamaba á los fieles congregados en el templo que el rey era el intermediario entre Dios y las criaturas; su palabra era considerada como el Evangelio; su fallo solo tenía apelación ante el tribunal de la justicia divina, y sus vasallos todos se arrodillaban ante él, imprimiendo en su mano un beso como señal de respeto y veneración.

¡Qué mucho que Don Alonso se dejase llevar dulcemente por las costumbres de su siglo, creyéndose superior á cuanto le rodeaba?

La naturaleza rechaza los extremos: así como daña el aire que se respira en un calabozo, daña también el que se respira en un palacio.

Atendiendo sólo á la conveniencia del Estado casó con doña María, hija del rey de Portugal, y este enlace así verificado no podía en manera ninguna constituir la familia. Existían sí las partes que la constituyen; el padre, la madre y los hijos, pero faltaba el amor, faltaba el lazo que une estos elementos, y por ello tendían á la desagregación.

La de Guzmán era hermosa, según antiguos romances. Tenía su rostro, por lo que de ellos se desprende, la delicadeza de Murillo y la voluptuosidad de Rubens, y corría por sus venas esa lava ardiente que en lugar de sangre tienen los hijos del Mediodía. Sus ojos eran vivos y brillantes como los destellos de una piedra preciosa, su cutis trasparente como el agua en el mármol, su voz sonora, su trato afable por lo general, y su compostura infundía respeto al par que rendía el alma á su antojo y albedrío.

Cuentan que habiendo Doña Leonor, tal vez intencionadamente, resbalado y caído al suelo delante del monarca, éste se acercó presuroso á socorrerla sin duda, más por deseo de tenerla en sus brazos, que por galantería cortesana. Luego que la dama quedó en pie, Don Alonso, ébrio de gozo por haber estrechado contra su seno tan preciosa carga, exclamó con la sonrisa en los labios y el regocijo en el semblante. —Cuidad, señora, que el rey de Castilla ha recibido gran merced sirviéndole vos de paje. —A lo que la dama contestó con despreciativo desden: — ¡No merecades menos! —Esta altivez sirvió para aguijonear el amor del jóven, que algún tiempo después vino á ofrecer su vida á los pies de tan desdeñosa dama.

Mal hizo en amarla, pero, ¿quién no la hubiera amado? ¿Quién no se hubiera dejado seducir por su voz, por su trato, por su compostura, por la transparencia de su cutis, por los destellos de sus ojos? ¿Por qué, pues, hemos de pedir que el rey careciera de las pasiones que alimentaba en el corazón el último de sus pecheros? ¿Por qué, pues, hemos de censurar acremente el amor de Don Alonso si estaba aún más expuesto á caer en la tentación de cualquier pobre hidalgo?

Los grandes hombres de la historia se han visto siempre dominados por el enorme peso de alguna pasión. Pedro el Grande, Carlos V, Napoleón I, fueron juguete de las tempestades del mundo, débiles barquillas que vagaban á ciegas del uno al otro mar, impulsadas no más que por el suave aliento de una mujer enamorada.

Nunca fué armónico el desarrollo de las facultades morales en el hombre. Es ley de la humanidad que nada ha de existir perfecto ni acabado. El que brilla por su genio en la guerra, en la política, en el arte, atrayéndose como el ídolo á los antiguos pueblos, tiene forzosamente algún lunar en el período de la vida. El hombre ideal que concebimos en nuestra mente por el solo hecho de conocer sus obras, no existe. La grandeza no puede pedirse en absoluto, sino relativamente, apreciando al genio por cuanto es más grande, más puro, más sublime que otros, toda vez que el perfecto estado de pureza ó de sublimidad es el deseado imposible, la esperanza remota, el mañana que nunca llega.

Menester será contentarse con lo que da de sí la pobre naturaleza humana, admirando en Don Alonso el oncenno su energía para domar á grandes y pequeños, su actividad para atender y estudiar los más pequeños detalles de la gobernación del Estado y su entusiasmo guerrero para trocar muchas veces las comodidades del alcázar y los brazos de la favorita por las penalidades de la guerra. Se entregó á las caricias de la de Guzmán como hombre, quedando siempre rey para los asuntos de la nación.

Pero lo que da fama y gloria á su reinado es la publicación del célebre Código conocido con el nombre de *Ordenamiento de Alcalá*, que en Alcalá se publicó en efecto el año de feliz memoria de 1348. Era su dorado sueño, y tan satisfecho de su obra se halló al verla terminada, que conservó en su cámara, como oro en paño, un primoroso ejemplar de éste en todos conceptos celebrado Códice. Códice que con harta frecuen-

cia consultaba, y que nosotros hojeamos de vez en cuando en nuestras excursiones á la Biblioteca del Escorial.

Don Alonso, pues, dejó gratos recuerdos de su paso por el mundo.

Murió, triste muerte, contagiado de la peste que asoló á su ejército en el cerco de Gibraltar. España tiene que agradecerle este sacrificio.

Carlos Cambrenzo.

MI ESPERANZA.

I.

En la callada noche
cuando todo reposa,
va recorriendo la memoria mía
de mi existencia, la doliente historia.

Del libro del pasado
registro hoja tras hoja,
buscando algún recuerdo de ventura
donde repose el ánimo afanoso.

Mas no encuentro ninguno:
lágrimas tienen todas...
no hay una flor que esmalte aquellas páginas,
donde estiende el pesar sus negras sombras!

II.

Al libro del presente
la vista vuelvo ansiosa;
¡mas para qué! ¡para encontrar la imagen
de la mortal tristeza que me agobia!

Oigo la gritería
con que la turba loca,
del festín de la vida solicita
los labios sumergir en la ancha copa.

Y al borde del camino,
cansada y silenciosa,
me siento, con la frente entre las manos,
y me hallo ¡ay Dios! ¡desamparada y sola!

III.

Al porvenir sombrío
temblando de zozobra,
no me atrevo á mirar, pero en mi alma
penetra una esperanza misteriosa.

¡Oh Dios! si mi camino
crucé en la noche lóbrega,
¿no me darás, al fin de la jornada,
la luz de tu eternal misericordia?

Así pregunto al cielo
cuando todo reposa,
y con nuevo valor, me encuentra siempre
la primera sonrisa de la aurora.

María del Pilar Sinués.

LA DANZA MACABRA Y EL BAILE DE SAN JUAN.

Esta danza fué célebre en el siglo XIV.

Haciendo caso omiso de cuanto acerca de ella se ha escrito, es de creer que ninguna relación tuvo con la que los griegos hacían alrededor de las hogueras donde quemaban á sus parientes, ni con el *Folgar* de los negros, ni menos aún con el *Folgar* de los rusos, que aún se estilaba á fines del siglo pasado en algunas provincias de aquel Imperio.

El *Folgar* de los rusos, era en gran manera original por distintas circunstancias; por ejemplo: la de poner en la mano derecha del difunto un pasaporte para San Nicolás, que aquel pueblo consideraba como el lugar-teniente del Padre Eterno y encargado de los negocios del Cielo cuando estaba ausente (1).

La epidemia de Metz en 1374, que tuvo por nombre *El baile de San Juan*, y pudo servir de origen á las hogueras y bailes que alrededor de ellas se hacen para celebrar la verbena de San Juan en la mayor parte de nuestras provincias, la epidemia que dominó en París desde 1348 á 1351, y la peste de Basilea á principios del siglo XIV, pueden, sin duda alguna, haber dado motivo á la denominación de *La danza Macabra*.

Sea el que fuere su origen; sea importada en Francia por los ingleses, según asegura Doni Felibiano (lo cual nada tendría de extraño, puesto que los ingleses en aquella época dominaban la mayor parte de la Francia), lo cierto es que, según el mismo autor, se bailaba en 1424 en el mismo sitio en que predicaba el fraile Richard en la calle que hoy llaman de la *Ferrounerie*, es decir, según todas las probabilidades, en la parte de la plaza de la *Halle*, llamada entonces *Mercado Champeana*, á extramuros de la villa de París, donde se reunían todos los juegos y espec-

(1) Véase *Historia de la Rusia*, de Leclerc, tomo IX.

táculos, y donde probablemente estuvo la sala de espectáculos en 1511, en que se representó ante Luis XII un drama titulado *El Príncipe de los Tontos, acompañado de la madre Tonta*, en el que se ponía en ridículo al fogoso Julio XI.

Según las más exactas noticias, fué en el mismo sitio en el cual se ejecutó la *Danza Macabra* que Felipe el Hermoso durante las contiendas que tuvo con Bonifacio VIII, hizo ejecutar, durante la representación de *La farsa de la Zorra*, en la cual un actor, vestido con la piel de una Zorra, cantaba la epístola compareciendo con mitra en la cabeza, y terminaba corriendo detrás de las gallinas, que concluía por estrangulamiento (1).

En el reinado de Carlos VI, la afición á estos extraños bailes llegó al más alto grado; y en 1393 se ejecutó la horrible *Danza de los Salvajes*, en el Faubourg de San Marceau, en el palacio de la reina Blanca por personajes de la más alta clase, terminando por costar la vida al joven conde de Foigny, al bastardo de Foix, á Aimery de Poitiers, á Ugo de Guisa y al joven Nautonillet el cual habría muerto abrasado si no se hubiese metido en una tinaja llena de agua.

El rey pudo librarse, gracias á la prontitud con que la duquesa de Berry, echándose sobre él, le envolvió con su manto.

Este suceso, que contribuyó á extinguir la escasa razón del joven Carlos VI, debió mencionarse en la historia de las fiestas, diversiones y bailes extravagantes de aquellas épocas semi-civilizadas.

Una crónica refiere el suceso de la manera siguiente:

«El rey y los principales señores de la corte se vistieron de salvajes, presentándose de aquella manera en un baile que daba la duquesa de Berry el 29 de Enero de 1393 en su palacio de los Gobelinos.

El duque de Orleans, que conocía perfectamente á los enmascarados, se apoderó de un flamero para observarlos más de cerca, y aplicó la llama á la estopa de que se componía el peinado que cubría la mayor parte de sus corpetos.

No tardó la llama en comunicarse de los unos á los otros. Los salvajes, ardiendo, lanzaban gritos de desesperación. Los concurrentes se precipitaban hacia las puertas, que daban salida á otras habitaciones, y en medio de esta escena de desorden y terror, la duquesa, que conocía el secreto de la mascarada y quiénes eran los pretendidos salvajes reconoció al rey, y cubriéndole con su manto logró salvarle la vida; pero fué tal el miedo que se apoderó del monarca, que inmediatamente se vió acometido de los accesos de demencia que poco despues terminaron en locura.

Los habitantes de París concibieron sospechas de que el duque de Orleans fué premeditadamente el autor de aquella catástrofe.

Este príncipe estuvo durante muchos días oculto en su palacio sin atreverse á salir durante el día, por temor de ser reconocido.

Para expiar este crimen, mandó construir una capilla en los *Celestinos*, dándose prisa á fundar un servicio fúnebre por las almas de los que fueron víctimas de su delito.

Este Orleans era ambicioso, hipócrita y cruel.

Muchas derivaciones se observan respecto al origen de la palabra *Macabra*, *Macara* ó *Macabea*, que debiera escribirse con *ch*.—*Macha* significa en Ebreo *romper*, *matar*.—*Machin*, *verdugo*.—*Macha*, en idioma celta tiene igual significación.—*Machare* ó *Machaire*, batalla, combate á muerte. En griego *Mache*, *Machomai*, combatir; en latín *Maclare*, *Maclator*, matar, asesinar; de donde derivó la palabra francesa *Mater*, domar, reducir á la impotencia, humillar, abatir.

El nombre de *Macabeos* se dió en la escritura á Matatías, Judas, Jonatás, Simeon y Elcazar, solo porque siempre se hallaron en los combates ó porque fueron muertos con las armas en la mano.

Los siete hermanos que dieron muerte á Antiocho se llamaron Macabeos porque prefirieron morir antes de abandonar su religión. La Escritura solo dice: *Contigit autem et septem fratres una cum matre apprehensos*. (Lib. Mach. c. 7).

La primitiva Iglesia llamaban *Macabres* á los cristianos que sufrían la muerte en defensa de la fe.

San Macario de Alejandría, que tanta persecución sufrió de los Arianos, como los santos solitarios conocidos en el siglo IV bajo el nombre de *Macarios*, solo eran así llamados para indicar que estaban prontos á morir por la fe.

Una hija de Hércules que murió á manos de los atenienses, fué llamada *Macaria*.

Por este origen de la palabra *Macabra*, puede con verdad decirse que el *baile macabro* solo po-

dia ser baile ó danza guerrera; una especie de *Pirrica* en la que se imitaban los pasos, gestos, movimientos, golpes y saltos de combatientes.

Algunos escritores llamaron también á la *danza Macabra* la *danza de los muertos*, pero no dieron su descripción.

En 1373, durante el reinado de Carlos V, la Francia, y Flandes sobre todo, sufrieron un espantoso pánico á consecuencia de las amenazas de un religioso llamado Homenas, dirigidas contra algunos ciudadanos por haber abusado de los bailes sagrados prostituyéndolos en alegrías y fiestas profanas. El santo hombre pidió contra ellos el castigo divino, y el pueblo, según dice Mézeray, se vió acometido de un frenesí por el baile, desconocido en los siglos anteriores.

«Los acometidos se desnudaban completamente poniéndose en la cabeza una corona de flores, y cogidos por la mano iban en bandadas bailando por las calles é iglesias, cantando y girando con tal rudeza, que al fin caían en tierra privados de conocimiento con horribles convulsiones; y lo más sorprendente era que los que se fijaban en ellos con atención se veían de repente acometidos de igual frenesí, que el vulgo llamó *La danza de San Juan*.

Los exorcismos y las hogueras lograron poner fin á tan diabólico baile.

S. Figueras de la Costa.

BIBLIOGRAFÍA.

Discurso pronunciado el día 3 del corriente en el Ateneo Científico y Literario por el Ilmo. señor don José Moreno Nieto.

El trabajo de que nos vamos á ocupar mereciera mayor detención que la que—cumpliendo lo ofrecido á nuestros lectores,—vamos á consagrarle, pero la falta de espacio y de tiempo no consienten á nuestra pluma la tarea que deseáramos emprender con este motivo.

Aunque una rápida lectura de este discurso no es bastante á escudriñar las verdades y absurdos en él contenidos; no hemos de abandonar al silencio las objeciones que se nos ocurren, pues creíamos faltar, procediendo así, á la misión que nos impone la propia conciencia.

Y creíamos olvidar la voz del deber, acallando las objeciones que se nos ocurren; porque los errores capitalísimos á que el Sr. Moreno Nieto dá cabida en su discurso, no pueden en manera alguna desatenderse.

Su autoridad de orador, legítimamente conquistada en el Parlamento y en el claustro universitario; la vehemencia de su imaginación, que presta encanto y vida á todo cuanto su fácil y correcta palabra toca; su erudición inagotable; la vivacidad de su fantasía; el vigor de sus creencias religiosas, son recursos poderosísimos, y con ellos fácilmente puede ornar con espléndido manto y deslumbradora presea las múltiples contradicciones y los absurdos á que su violento doctrinarismo le lleva. No es frecuente encontrar en sus peroraciones tolerancia, ni muy común tampoco ver á su inteligencia caminar serena y decidida en pos de la verdad; porque el Sr. Moreno Nieto teme apartarse un ápice siquiera de los prejuicios dogmáticos, de los prejuicios doctrinales, políticos y religiosos que constituyen la esencia de sus convicciones. Para el Sr. Moreno Nieto, no hay en la ciencia, excepción hecha del vago eclecticismo á que rinde tan fervoroso culto, nada más que sombras y errores.

Así, al examinar, como en su discurso lo hace, la ciencia moderna, solo va en busca de sus errores; y no encuentra en la filosofía contemporánea rasgos de grandeza, ni los ideales bosquejados con el vigor de una fe poderosa y naciente, ni la renovación del derecho, ni un análisis más encantador y profundo que el exámen del escolasticismo, ni una concepción más racional acerca de la vida del hombre y de la existencia de la humanidad. El Sr. Moreno Nieto olvida los servicios de la filosofía, para fijarse detenidamente en sus extravíos.

El criticismo de Kant, filósofo perdido en la vaga penumbra de su conciencia, para quien la realidad era confusa imagen, ó espejismo vano; el materialismo inmoral, como todo sistema en el que el principio salvador de la libertad individual perece ó se debilita; el pantheísmo, secta adoradora de un Dios inconsciente, sin voluntad, siniestra fatalidad y ordenadora sombría del caos del universo; hé aquí, según el Sr. Moreno Nieto, los únicos hechos que resultan en la Historia de la Filosofía moderna.

Por eso mantiene que esta es época de *verdadera decadencia filosófica*: por eso olvida que el criticismo de Kant y el materialismo de Locke fueron afirmaciones exclusivas de secta que se completaron despues en un superior conjunto, donde la unidad de la naturaleza humana se de-

mostró ante la evidencia de los dos elementos que la constituyen.

La Historia, no elevada á la dignidad de ciencia hasta tanto que Vico, Condorcet, Laurent, Pletan, Mommsen y Weber, demostraron que la humanidad y la civilización, por ley providencial y suprema, eran entidades sobrepuestas á los flujos y reflujos de las nacionalidades, de las conquistas y de las religiones; el Derecho, modificado y engrandecido por una concepción más pura y más exacta de la conciencia individual; la política, purgada de las miserias de bandería y constituida en agrupaciones que, al ménos por un resto de pudor en los países corrompidos, tiende á obedecer nada más que la superioridad de la idea y la virtud del principio; y que en las naciones cultas es libre juego de instituciones y poderes y combate pacífico de sistemas; la Religión, defendida de los ataques volterianos, de las injurias del positivismo y de ciertos errores paganos con que mancharon el culto los teólogos escolásticos; el Arte, levantándose á las más elevadas regiones por la virtualidad de las nuevas ideas; caídas todas las tiranías, buscado con afán prolijo el remedio á todos los males, planteadas con heroica audacia todas las cuestiones, arrojados ignominiosamente del campo del conocimiento el exclusivismo, la intolerancia desdeñosa y la puerilidad sentimental; cuando todos los ideales se han purificado, cuando De Maistre, Jacobi, Chateaubriand, Schleiermacher, Janet, Krause, Sanz del Río, Tlsibergliem, Cousin, Röeder, Vera, Hegel, Schelling, y tantos otros ilustres pensadores figuran en el sacerdocio angusto de la ciencia moderna; en presencia del mundo oriental, nuevo continente descubierto por la investigación, en nuestros días; delante de esta gran metamorfosis del espíritu humano, no juzgamos muy atinada senla la emprendida en este discurso para negar tantos títulos y laureles tan valerosamente conquistados á la ciencia contemporánea.

¿Qué importa la porción de sombra vertida en el espíritu humano por estos colosos del pensamiento, á cambio del rayo de luz con que alamburan el camino de las sucesivas generaciones?

Dejando aparte el estrecho criterio severísimo con que aquí es juzgada la filosofía moderna; dejando aparte la consideración de que si el progreso es ley de la humanidad, necesariamente se cumple merced á esos falsos aspectos de la verdad, que tanto contribuyen á su depuración y fijeza definitiva; dejando aparte la afirmación que la Historia demuestra, de que las reacciones de los principios determinan el triunfo de todos los ideales; y así los mártires cristianos y Juliano el Apóstata, determinan la victoria de la religión del Crucificado, y Barbarroja y el Pontificado el nacimiento de los municipios, y Julio César y Brutus la emancipación del yugo romano, y Voltaire y Kant el advenimiento del racionalismo armónico, hay una capitalísima afirmación en este discurso que no debemos pasar en silencio.

El Sr. Moreno Nieto dice que el krausismo es pantheísta. ¿Por qué? Si el krausismo que afirma la idea de Dios, según San Pablo, es pantheísta, no entendemos entonces qué calificación merece la escuela hegeliana. Si el pantheísmo se halla en Krause y en sus discípulos, se encuentra igualmente en San Ambrosio, en San Anselmo, en Santo Tomás, en San Gerónimo y en algunos Santos Padres.

Hé aquí, á este propósito, la definición literal de Dios, según Krause, en su *Sistema de Filosofía* (1823):

«Dios es Dios, todos los seres finitos están en Dios, pero son esencialmente distintos de Dios, éste no es ninguna cosa finita, aunque abraza en sí todo lo finito.»

San Pablo dice: *Todo está en Dios*.

Hay más: Krause, pensador de libérrima inteligencia; Krause que vivió pobre y abatido, oscuro, víctima de tenaces persecuciones, desconocido en vida, alabado en muerte, execrado aun por la ignorancia ó el sarcasmo del vulgo; Krause, Sócrates de la edad moderna, á quien se lo podrá negar la razón, pero de cuya lealtad sincera y virtuosa ejemplaridad nadie, ni aun sus mismos adversarios pueden dudar; Krause, luz enemistada con esa eterna sombra enemiga de todo genio que se llama preocupación, rechaza indignado la acusación de pantheísta, y cuando la rechaza no será seguramente por temores pueriles, ni por satisfacciones de la vanidad. Es más aun: cuando una voluntad tan viril, una conciencia tan inflexible como las suyas, no admiten un calificado, no hay otro camino que creerlas.

Y si á esto se añade que demuestra su afirmación de modo que no deja lugar ni á la más leve sombra de duda; si con atenta reflexión se examina su teoría, ¿há lugar á calificar de pantheístas ni á Krause ni á su escuela?

Ligereza es esta indisculpable en quien, como en el Sr. Moreno Nieto, reconocemos un talento tan poderoso; y ligereza más indisculpable aún, si se

lee la siguiente opinión de Dios, exactamente igual á la de la escuela krausista, y que el Sr. Moreno Nieto, con incomparable elocuencia, defiende como suya en este discurso. La copiamos íntegra:

«Pues esa causa y ese ser es lo que llamamos Dios: ser inmenso, incommensurable; fuerza eterna é increada, poder infinito que todo lo crea, sustancia absoluta y esencia absoluta que contiene en sí todas las esencias y todas las sustancias; fuente inagotable de toda vida, lagos absoluto, sumo bien y belleza suma, alfa, en fin, y omega de todas las cosas.»

Ahora bien: ¿en qué difieren Krause, San Pablo y el Sr. Moreno Nieto, en su concepción del Supremo Ser? ¿No es exacto que todos tres le admiten como *sustancia absoluta y absoluta esencia* que contienen en sí todas las esencias y sustancias? ¿Cómo se explica que un mismo pecado, caso de haberle aquí,—en cuanto á error,—merezca al señor Moreno Nieto aprobación sin límites y condenación impacable, y según es el reo que á sus ojos se presenta, le adjudique premios ó castigos?

Porque el doctrinarismo carece de solidez: es un naufrago, en el océano de la ciencia, que sueña con salvar á sus enemigos. Próximo á espirar, pretende repartir y conceder la existencia. No sabe de dónde viene ni á dónde vá.

Esto nos explica por qué una inteligencia tan poderosa, una tan envidiable erudición, una tan bellísima palabra,—cualidades todas que en el señor Moreno Nieto resplandecen,—son tan fecundas en contradicciones y absurdos.

No creemos fuera de propósito afirmar de paso que nuestras objeciones en el asunto, son tanto más desinteresadas, cuanto que no es la escuela krausista, (1) ni nuestro dogma, ni nuestro evangelio: pero nos agrada vindicar la verdad y combatir el error, según nuestra debilidad lo consiente, en todas ocasiones.

Y aquí, bien á pesar nuestro, ponemos punto á nuestros breves y modestos comentarios.

José Miralles y Gonzalez.

REVISTA DRAMÁTICA.

El libre albedrío, comedia en tres actos y en verso, original de Don Mariano Pina (padre). *Cambiar de colores*, juguete en un acto y en verso, de D. Mariano Pina (hijo).

Duélame, señor mío, encontrarme en el teatro las escenas mismas y los hechos propios que me rodean en esta espinosa vida, cuando el poeta no saca de ellos alguna máxima moral ó alguna provechosa sentencia, cuando ni siquiera se toma el trabajo de criticarlos, sino que los presenta como base de un enredo deshaciendo este á gusto de dos ó tres personajes. ¿Quién habrá que ya por sí, por su pariente ó por su amigo no tenga más ó ménos sobre sus hombros el peso de algun enredillo de amor con sus puntas y ribetes de inmoral? ¿Quién será el que no asista como segundo galán, como comparsa ó siquier como público á estos sainetes de la vida real en que el diablillo con faldas que llamamos mujer nos hace andar de un lado para otro desatinados y perdidos como bola en mesa de ruleta? Pues este tal, recibirá placer y contento presenciando en el teatro las inmoralidades que ve en el mundo, sin que pueda encontrar en el desarrollo de la fábula otra cosa que exposición de hechos? ¿O es que el autor quiso demostrarnos lo que pasa en el mundo? Al diablo con la idea: eso nos lo sabemos de coro. Preséntanos el Sr. Pina (padre) una señora con una hija rubia como el oro mismo y hermosa como un querubín, según la descripción que de ella se hace, porque es de advertir que no sale á escena, en lo cual se prueba el buen criterio del autor, pues tipo tan repugnante no hay público que le resista. Esta madre, que se llama doña Apola, recibe un huésped rico y joven que se enamora de la chica, y que á pesar de sus alardes de celato y libertad consiente en sujetarse ciegamente á los caprichos de la vieja y hacer con ella el papel de yerno. Quisiera tener la habilidad de D. Manuel Tamayo ó la gracia de Federico Balart para presentar aquí las suposiciones, juicios y cábalas que el espectador se forja en la mente durante los entreactos, respecto de aquellas amistades resbaladizas sostenidas entre el huésped y la niña rubia, prescindiendo de la situación de doña Apola, que en todos sus puntos no puede ser más comprometida. Empero veamos cómo acaba. Cansado el don Jacobo de la muchacha, la abandona y se casa con otra que le gusta más. Anda con Dios, hijo: haces bien, porque la rubia en cuestión ya le ha escrito una carta á cierto marido antes y con tiempo de que éste hiciera otra cosa que mirarla desde su balcon. ¿Parecerá dispuesta la mocita? Pues más aun lo es el marido citado, que en el aniversario de su casamiento anda ya de conquistas y galanteos. Además, el Sr. Pina (padre) parece que viene ahora del pueblo, según lo atrasado que está de noticias. ¿Cómo ha creído, con su experiencia, que puede haber un marido que al año de matrimonio haga el amor á las vecinas desde los balcones mismos de su casa?

Aparte de estos defectos capitales, está bien versificada, pero su desarrollo es violento y laborioso, y las entradas y salidas de los personajes no obedecen á razón ni criterio.

(1) M. Ermand, hegeliano ferviente, ha publicado una notabilísima defensa de Krause, á pesar de no admitir sus teorías en modo alguno. V. Thibergliem. «Estudios filosóficos.»

(1) *Les Antiquités de Paris*, de C. Melingre.

El tipo del criado es impropio de la casa donde sirve. Es un andaluz *chamullandogitano*, que estaría mas apropiado en la plaza de toros de tras del caballo de un picador y vestido con la consabida blusa encarnada. Este mismo tipo fué silbado hace algunos años en una comedia titulada *La cuerda templada*.

Resumen: la comedia regular: la ejecución esmerada: el Sr. Mario inimitable.

Del mismo género, con gracias y sin argumento se ha representado el juguete *Cambiar de colores*, original del Sr. Pina (hijo). Hija parece esta obra de la anterior según lo inmoral y lo desbarajutado que se encuentra. Una señora casada, tonta de remate, un marido calavera, un viejo de figurón y una criada pizpireta son los cuatro personajes que en el juguete intervienen. Lo grave del asunto estriba en que D. Celestino, que es el marido calavera, sostiene relaciones con la mujer del viejo, y este pobre señor se queda tan conforme cuando el amante le promete olvidarla por completo. No puede darse mayor *bonhomie*. Lo que decimos anteriormente del padre, entendiéndolo el hijo como cosa suya. El tipo de viejo, que hace el Sr. Zamacois, no es el que se requiere en una comedia del día, si el que usaba Breton de los Herreros en su teatro. Por lo demás, dijo su papel admirablemente.

Como empieza y como acaba, drama trágico en tres actos y en verso, primera parte de una trilogía, por D. José Echegaray.

Confusas é intrincadas cuestiones ha producido este drama entre críticos y literatos, sin que sea posible en manera alguna señalar la victoria por los que le acriminan, ni la derrota por los que le aplauden y defienden. Es tal la rareza de su fondo y de su forma, es tal el atrevimiento de su idea, tal la valentía, ó más bien, la temeridad de sus detalles, que el hombre de más profundos conocimientos en la escena dramática se encontrará sorprendido, fascinado, perplejo para decidir formal y francamente acerca de su mérito y valor sin atreverse á pronunciar la última palabra.

Estamos en una época de transición, tanto en política, como en religión, como en el arte, como en la literatura, y este drama, reflejo exacto del estado de la sociedad, viene á marcar en el teatro el principio de otra nueva era, de otro nuevo carácter del gusto literario. La literatura dramática toma otro rumbo distinto del que había seguido hasta aquí y Echegaray es el genio precursor, el capitán que ha de conducir el ejército por otro camino, en busca de nuevos y estensos horizontes. Ahora bien; ¿este camino, este nuevo rumbo es el que más se aproxima al ideal, es el que con mejor y más acertados principios puede satisfacer y realizar las concepciones de la belleza? No lo sabemos: y apasionado será el que intente afirmarlo ó negarlo de una manera rotunda sin esperar el curso de los sucesos.

Lo que es cierto, lo que no puede negarse es que nos encontramos dentro de la literatura francesa. El drama de Echegaray es francés puro. *Victoriano Sordou* y *Alejandro Dumas* no tendrían inconveniente en proclamarlo: es más, ni *Sardou* ni *Dumas* han llegado á realizar su inspiración con la arrogancia, con el genio, con la belleza que nuestro antiguo profesor de matemáticas. *Antoine* y todas las obras que de este género han engendrado las musas francesas, son pálidos reflejos, son débiles suspiros al lado del drama estrenado con tan ruidoso éxito la noche del miércoles en el teatro Español. El género á que pertenece, es un paso más en la carrera del progreso, es un retroceso, ó es un sacudimiento nervioso después del cual queda estacionado el arte como en el primer momento, viniendo á tomar otra fase, otro aspecto del que anteriormente tenía, pero sin aproximarse al ideal. Este último punto parece, después de todo, el que más se ajusta á las irreconcilables leyes de la verdad.

Como empieza y como acaba pertenece á un género nuevo entre nosotros, pero no pasa de ahí. El público que asiste á nuestro clásico teatro de la calle del Príncipe, extraña ver á un galán con levita y carril, producirse en los arrebatados extremos de Dido, de Orestes y Tarquino; extraña ver desarrollarse en su corazón las pasiones más delirantes de los antiguos personajes, y extraña, por último, ver en las manos de una mujer *comm' il faut*, horrible puñal con el que arranca en desenfrenada locura la vida de un hombre. Concretémoslo la cuestión. La escuela francesa en que el Sr. Echegaray nos inicia, ¿debe aceptarse como un adelanto en el perfeccionamiento del teatro? Este teatro que en los días de su infancia produjo un drama como *La vida es sueño* y una comedia como *La verdad sospechosa*, no admite, no puede admitir como progreso el romanticismo francés. Pero el romanticismo francés tiene sí, un campo más espacioso para lucir su galanura la imaginación del poeta, porque no necesita el castigo del culpable, ni el premio del virtuoso, ni exige en la concepción del argumento la observancia de una exagerada moralidad, no. Tiene libertad para escoger el asunto y los personajes que más de su gusto sean, con tal de que la acción sea interesante, con tal de que no haya una escena ni una frase que no obligue al espectador á estar sobrecogido y suspenso hasta que cae la cortina. Aquí lo difícil está en admitir la nueva escuela, el nuevo género, que guarda poca relación con nuestra manera de sentir, que está en oposición abierta con el gusto literario de nuestro público; pero admitido el género, admitida la escuela no podemos menos de considerar la obra del Sr. Echegaray como una maravilla del arte. Un amante que estampara sacrilego beso en las manos de Magdalena, en aquellas manos húmedas aún por los besos y lágrimas de un marido fiel y cariñoso: aquella escena en que Torrente, loco de amor, arroja sobre el alma de una mujer casada la terrible frase que dice: ya que principiaste el camino del crimen, terminale: la situación angustiosa de un esposo honrado que al volver á su hogar recibe en la puerta inesperadamente unas cartas en que se prueba la infidelidad de la esposa que él creía pura y sin mancha de pecado; que ya dentro de su casa encuentra solos y encerrados á los perfidios amantes, hechos son que el buen gusto y la moral rechazan, pero que vienen á constituir dentro del género una belleza

á su manera. El tercer acto es indudablemente el peor concebido y el que está desarrollado con menos, con escasa maestría. El autor saca y esconde los personajes según lo necesita la trama del asunto, sin motivado fundamento y esto hace que el acto aparezca lánguido y flojo, respectivamente de los anteriores. La escena entre Pablo y Magdalena, no se comprende, no es verosímil, por más de que sea posible, y ya sabemos la gran diferencia que existe entre estas dos palabras en lo que á las obras dramáticas se refiere. Un hombre que tiene la prueba de su desonra en el bolsillo y que va á batirse por su mujer, no la trata con aquel cariño y con aquella paciencia momentos antes de verificarse el duelo. Es un marido calzonazos, según la expresión vulgar. La puñalada está preparada con demasiado tiempo y poco tino, así es que el público, figurándose ya de antemano, no se sorprende y se disgusta, porque tiene tiempo de reflexionar.

Respecto de la inmoralidad del asunto, nada puede decirse hasta no ver el final de la trilogía.

Ahora vamos á analizar, aunque sea brevemente, el carácter de los personajes. Pablo ya está juzgado. Magdalena es una mujer incomprensible. Anda *pasteando* con el amante y el marido, sin decidirse por uno ni por otro, pero faltando á los dos. La mujer adúltera no tiene amor para su esposo; no tiene más que compasión y afecto, y la que tan pronto recibe las caricias del primero como las del segundo, es un tipo repugnante que no debe sacarse á escena. Vale más una esposa abiertamente criminal, que no una de estas que con tanta frecuencia se presentan en el teatro, siempre en lucha con su deber y con su amor. La lucha existe en el principio; pero dada la batalla, vencida la mujer y victorioso el amante, el nombre del marido se borra por completo del corazón. Fenillet lo dice, dirigiéndose á una mujer casada: *vous ne sauriez avoir un amour sans y placer toute votre ame, tout votre être, sans passer à l'ennemi corps et biens*. Se dirá que para llevar á cabo la catástrofe necesita luchar, es cierto: lucha en ese sentido cuanto quiera; pero, ¿por qué nos habla de su honra la que ha escrito apasionadas cartas á un hombre, habiendo recibido de él sacrilego beso? Magdalena quiere ser hipócrita consigo misma.

Torrente es un traidor de melodrama, incapaz de hacer sentir amor por su palabra. Loreto es un tipo falso á todas luces: tipo que el autor ha tenido el acierto de sacar á escena solo en el primer acto, porque aun lo poco que habla hace daño.

Mucho pudiera decirse acerca del conjunto de la obra; pero la impresión que deja es tan profunda, tan viva, tan heterogénea, tan confusa, que se hace difícil abarcarla de una ojeada. Necesita un examen, un estudio detenido y frío para aquilatar su mérito, y mientras tanto no se acierta á decir sino lo que queda consignado, generalidades y apreciaciones del momento. Esta obra es un delirio. Se sale de lo vulgar, de lo trillado, remontándose con las alas del genio á las regiones de lo desconocido. Conozcamos la trilogía por completo, y pronuncie entonces el público su fallo.

Vico es un actor. Los que asistieron al teatro del Príncipe la noche de la primera representación admiraron en él una de las joyas más preciadas de nuestra escena. Él consiguió arrancar lágrimas en el primer acto, sobrecoger de espanto en el segundo, y verter en el corazón de todos al final una triste melancolía. Pronunció algunas frases como Julian Romea, y lanzó el suspiro de muerte como Salvini. Elisa Boldun y Cepillo fueron los maestros de siempre, pero no hicieron nada nuevo, no dieron, como era de esperar, un paso más en la carrera del arte. La Srta. Contreras dijo su papel con demasiada intención, y no con la inocencia que conviene á una niña como la que representa.

Para terminar. El drama de Echegaray ha sido un acontecimiento literario, y la noche de su estreno quedará eternamente grabada en la memoria de los entusiastas del arte.

Don Juanipero.

PÁRRAFOS SUELTOS.

Sencillo y modesto túmulo levantábase ayer en la nave principal de la iglesia de San José. Algunas damas de preclaro nombre y de ilustre cuna, hombres conocidos de diferentes procedencias políticas, y muchas mujeres del pueblo le rodeaban, escuchando las conmovedoras oraciones con que la Iglesia católica ruega por el alma de los muertos.

Aquel túmulo, aquellas plegarias, iban dedicadas á la memoria de una mujer ilustre por su nacimiento y por su enlace, célebre por su talento é inmortal por sus virtudes. Vivió entre nosotros en época de agitación y revuelta, y la dulce sonrisa de sus labios, las consoladoras palabras de su boca, y los prodigios dones de su bienhechora mano, fueron bálsamo que cicatrizó muchas heridas, lenitivo que alivió muchas desgracias.

Fué reina, y ningún rastro de sangre le recuerda. Se sentó en el trono y nunca fué su nombre aclamado en fratricida contienda, ni escrito en bélica bandera. Un Asilo donde pobres niños encuentran reparador abrigo para el atenido cuerpo, sana instrucción para su infantil espíritu, y un Hospital donde la ciencia repite los milagros de volver vista á los ciegos, y donde el que yace condenado á perpetua tiniebla halla los únicos consuelos que pueden prestársele en la vida, son las huellas que han dejado sus benditos pasos por la capital de España.

No recordarla en los momentos en que su alma abandona los dolores de la vida para entrar en la inmortalidad, en esos momentos en que hasta las faltas se disculpan, los agravios se olvidan y los defectos disminuyen, no recordarla á ella, que solo atesoró virtudes, fuera más que censurable olvido, ingratitud insigne, impropia de hidalgos pechos, y de cristianos corazones.

Unimos, pues, nuestra plegaria á las que hoy

se elevan por la duquesa de Aosta, reina que fué de España.

No hay hilación posible entre el deber que acabamos de cumplir y los demás sucesos que tenemos que narrar.

La luz y la sombra, la risa y el llanto, la inocencia pura y sencilla y la maldad aborrecible y condenada no son más antitéticos que las virtudes que al principio recordamos y las miserias que se descubren al referir la noticia, de que tres de las famosas casas de imposición han suspendido sus pagos, por haber desaparecido sus dueñas con el dinero de los incautos imponentes, que como el perro de la fábula abandonaron la carne que tenían asegurada, por recoger la que reflejaba engañadora imagen.

Y lo cierto es que no pueden quejarse de su suerte con justicia, como no quejarse puede justamente el que pierde su dinero á la lotería, ó aquel á quien se lo lleva el banquero, por que salió la contraria.

Avisados estaban, previsto podían tenerlo, con que con su pan se lo coman si es que les queda pan para comerlo.

Doña Baldomera en tanto, continúa como el doctor en su farmacia; pero mujer, al fin, ya verán Vds. como no es la constancia su cualidad distintiva.

Y á propósito. Es digno de leerse, porque es notable, el luminoso informe que acerca de este trascendental asunto han redactado, por encargo de la Sociedad Económica Matritense, los Sres. Montero Rios, J. Emilio Santos, S. de Torres, Martín Danvila, y Díaz Moreu, que han acreditado en esta ocasión que son verdaderos Amigos del País.

He citado el nombre del Sr. Danvila, y la ocasión no puede ser más propicia para decir, que ya ha presentado en el Congreso sus proyectos sobre propiedad intelectual.

Yo no sé si los diputados tomarán con mucho interés este asunto; porque lo cierto es que la mayor parte de los señores no han de tener propiedades que por las leyes que el Sr. Danvila quiere establecer se rijan.

Cómo ha empezado la semana, ¡Dios eterno! Con el *Rienzi*, de Wagner, en la Opera, y cómo ha concluido, ¡misericordia divina! Con *El gladiador de Rivena*, tragedia de Echegaray, en Novedades.

Era viernes, de noche, y llovía sin embargo, como dijo aquel célebre Sr. Ibo y Alfaro. Rápidas carrozas (estilo de novela por entregas) dejaban á la puerta del teatro de Novedades elegantes damas, que se confundían al entrar en el antiguo coliseo con embarazados caballeros que cercaban el húmedo y más que húmedo paraguas.

Guirnalda de vivientes flores, como diría Luis Alfonso ó cualquier revistero por el estilo, rodeaban la barandilla de los palcos, que asemejaban brillantes castillos, siendo el conjunto del teatro (me parece que me acredito como príncipe de Asturias de Asmodeo) la realización de un sueño de *Las mil y una noches*.

Lo cierto es, dejándose de rodeos, que aquello estaba bien. El público que asiste á los estrenos, público de críticos, de literatos, de periodistas, en la platea; de amantes del arte, de entusiastas de todo lo que conmueva, agrade y seduzca, en los anfiteatros, ocupaba las localidades del coliseo célebre en los anales del teatro terrorífico.

Pasó entre risas y murmullos de impaciencia la primera pieza, y después de un entreacto que pareció larguísimo, se levantó, ó mejor dicho, levantaron la cortina, y comenzaron las emociones de la tragedia.

Nos hallamos en plena Roma, en el pórtico de Marco Antonio y Thunelda la profetisa germánica, la muda de Armin, el jefe de Critun y padre del gladiador Thumelice, hace y dice todo lo que pueden Vds. ver yendo al Teatro de Novedades esta noche, y lo hace y lo dice como en el próximo número dirá imparcialmente el revistero de teatros, que no quiero yo meterme ahora en dibujos.

Solo debo hacer constar otro triunfo de Echegaray en una sola semana. No tuvo ninguna igual cuando fué ministro.

¿Que tendrá la política, que hombres que hacen también muchas cosas buenas, no dan pie con bola en cuanto se sientan en la ministerial poltrona?

Y no lo digo solo por Echegaray, no señor, que vivo esta el Sr. Ayala que puede servir de ejemplo.

¿He hablado del Sr. Ayala? Pues he de defenderle de la injusta crítica de un periódico que le censura, por no haber unido sus aplausos á los del público en general la noche del estreno del drama *Como empieza y como acaba*.

El Sr. Ayala no podía aplaudir: porque estaba el rey en el teatro, y los que por su posición tienen el deber de guardar la etiqueta, no pueden dar señales de aprobación hasta que el monarca aplaude.

¡Carolina Civil! ¡Con cuánta entusiasmo y con cuánta justicia la aplaudió el público. El timbre de su clara y sonora voz, sus ademanes esculturales, todo en ella es admirable, y expresa con

verdad la feroz pasión de aquella fiera Thunelda que abre con un puñal los labios de su hijo nacido en el carro de guerra, para que sintiese antes el acre sabor de la sangre que la dulzura de la leche.

Ninguna de sus condiciones artística ha perdido desde que la vimos, por última vez, hace ya años, en el teatro de Variedades, y su pronunciación española es más clara y más correcta.

Del Sr. Casañer no quiero acordarme, y sirva este acto de caridad cristiana, de desagravio por mis pecados.

Tengo la costumbre, que por lo buena recomiendo á cuantos quieran pasar un rato de agradable y honesto solad, de leer todos los días el *Solfeo*, y bien sabe Dios si me regocijan los discretos é intencionados artículos de Lezama, las chispeantes crónicas parlamentarias de Sierra, los versos de Clarín, la prosa de Sanchez Ramon y todo cuanto contiene ese periódico que bajo la acertada dirección de Sanchez Perez ha realizado el milagro, que personas competentes creían imposible de, hacer un *Petit Journal* en España.

En uno de los últimos números del apreciable periódico lei un artículo en el que el de ordinario discreto Clarín censura más duramente de lo que á la justicia conviene la traducción que del poema de Musset *Rolla* ha llevado á cabo el Sr. Chaves. Duelen más que las de los indiferentes las faltas de amigos, y amigo mío es por sus escritos; aunque ni de vista le conozco, ni sé su verdadero nombre (el que se firma Clarín) y de manifestarle con sinceridad me disgustó doliéndome de su injusticia.

Suele suceder muchas veces, cuando se emplea ordinariamente el difícil estilo satírico que con tanta facilidad escribe *El Solfeo*, dejarse llevar por el chiste hasta el sacrificio de la verdad, y no se escatima una agudeza del ingenio, aunque vaya entre su donaire una injusticia, y algo de esto se nota en la apasionada crítica de la traducción de *Rolla*. No la presentaré yo ciertamente como acabado modelo, ni entraré á discutir la insignificante cuestión de si tal ó cual consonante está bien ó mal puesto, ó si tal ó cual verso tiene sílabas de más ó de menos; pero si aseguro que la traducción del Sr. Chaves es un trabajo apreciable y digno de respeto, que dá á conocer á los que no posean el idioma francés las bellezas de una de las apreciables obras, no de las mejores en mi humilde concepto del célebre autor de *Namouna*, á quien el eminente Sainte Beuve llamó el Montaigne de la poesía francesa, y á quien ha traducido algo más que libremente el futuro académico Sr. Blasco haciendo de *Un caprice*, el famoso *Pánelo blanco*.

No me detendré en citar ejemplos que comprobasen mi aserto, porque necesito el espacio que en ellos ocuparía, para deshaer otra injusticia más insigne aun de mi amigo Clarín, á quien aborrecería de seguro, si no me lo impidiera el recuerdo de los buenos ratos que me han hecho pasar otros discretos artículos suyos.

Confieso que es de buen tono, que es muy erudito y hasta muy *chic* eso de hablar mucho de literaturas extranjeras. Así como á un benedictino, á un sábio de los tiempos medios ó á un académico de los modernos les completaba y daba carácter una cita en latín ó en griego, no se concibe un revistero de nuestros días, si no esmalta sus escritos con unos cuantos versitos en francés.

Puede admirarse á Alfredo Musset; ¡quién que tenga criterio, buen gusto, sentimiento artístico no ha de admirarle! ¡Quién no ha de gozar leyendo su preciosa balada á *La luna*! ¡Quién no ha de sentir leyendo su *Noche*! ¡Quién no se ha de conmovir con su *Andrés del Sarto*, con su *Nust Venilienne*, con *On ne badine pas avec l'ameur* ó cualquiera de sus obras dramáticas! ¡Pero es necesario, para admirar á Musset, denigrar, ó tratar al menos de denigrar, porque lo primero es imposible, á uno de los genios españoles á quienes deben más la poesía contemporánea!

Las preciosas *Doloras* de Campoamor, cualquiera de sus *Pequeños Poemas*, la más insignificante de las composiciones que lleven su ilustre y respetada firma puede figurar sin desdoro, y muchas con ventaja, al lado de las obras de los poetas más espirituales de Francia y Alemania.

Así pudiéramos no envidiar en otro orden de cosas á naciones extrañas, como no tenemos que envidiarlas nada en poesía, lo mismo en los antiguos que en los modernos tiempos. Desengañése Clarín; será muy liberal eso de censurar una respetable escuela española, solo porque su iniciador es diputado de la mayoría; pero no es justo, y aun pudiera añadir que ni de buen gusto. Campoamor bien puede formar escuela, pues condiciones tiene de maestro, y brillante es el género que él ha creado en España. Si los discipulos no tienen tanto genio como él, más meritoria acción es animarle para que siga sus huellas, que censurarlos injustamente para desanimarlos al emprender el camino.

Andaba buscando una noticia de sensación para concluir la crónica, y ya la tengo.

El Sr. Vico está estudiando otro drama de Echegaray, titulado *Locura ó santidad*.

Pp.

MADRID: 1876. — ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, dirigido por J. C. Conde, Caños, 1.